

¿DISTENSION Y COEXISTENCIA O REPLIEGUE Y AVANCE?

Los comentaristas extranjeros sobre el momento presente de las relaciones internacionales, pese a sus variaciones y reservas, siguen fieles a ciertas ideas comprensibles teóricamente, pero que se alejan de la realidad mundial y pueden confundir sirviendo para el extravío de la opinión pública en los países donde los medios de información las difunden. Nos referimos a la gran corriente que se llama pacifista, desarmista y favorable a la coexistencia por la distensión. También se adorna con calificativos doctrinales equívocos o ambivalentes que no tranquilizan. Así, democrático, progresista, avanzado, social, popular, en menor escala, socialista, y alguna vez antiimperialista y antifascista. No hay nadie en 1976 que se resigne a que le coloquen algún epíteto nefando, como los de fascista, autoritario o anticomunista. Diríase que los treinta años transcurridos desde el final de la II Gran Guerra han sido pobres para la aportación de nuevos conceptos, y que por debajo de inevitables novedades impuestas por el curso innegable de los acontecimientos, la mente de los que dominan los medios de expresión (parlamento, prensa, incluso cancillerías), en lo que se conoce por Occidente, se ha detenido en 1945. Los enemigos de la paz, por la convivencia y el progreso son los aspectos de los derrotados y muertos entonces. Los defensores de aquellas metas son sus adversarios bélicos; una heterogénea coalición descompuesta desde 1948 ó 1960 en dos grupos, desigualmente activos. El que lo es —según él— en grado máximo, tiene un «santuario inviolable» que no es el extenso territorio de la URSS, sino también los de sus seguidores con sus incalculables avanzadas incrustadas en campo ajeno. No todos tan visibles como Cuba. En grado que quiere inútilmente rivalizar con el primer grupo citado, está el resto, llamado Occidente —ni aun geográficamente es exacta tal denominación— al que se supuso capitaneado por Estados Unidos y aglutinado estratégicamente en la OTAN, con sus ecos interamericano —bastante agarrotado— y asiáticos, éstos en curso de desmoronamiento. Pero ambos sistemas, cuarteados por la aparición de focos autógenos de

poder (China, la Francia gaullista, el eterno egocentrismo británico, etc.), nunca fueron parangonables como sumas contraponibles equilibradamente. No sólo son diferentes, sino que sus diferencias varían, y según nuestro criterio en perjuicio global del Occidente. El mundo que aglutina la URSS sólo tiene en su ámbito doctrinal un serio problema, Beijing o Pekín. Hoy es por la fuerza doctrinal de Pekín y por el espíritu de vigilancia de un enorme país que tiene vivo el recuerdo de un siglo de penetraciones y mutilaciones, por lo que Occidente sostiene su engañosa seguridad. Por sí mismo, bien poco hace ese Occidente: la OTAN oscilante entre el retroceso y el agarrotamiento encuentra más fácil discernir patentes de democracia que reforzar sus efectivos, ya en franca inferioridad frente a los del Pacto de Varsovia, con la excepción confirmatoria de las fuerzas navales de superficie. El eco oriental de la OTAN, la OTASE (o SEATO), ha desaparecido, sin ruido ni gloria, al compás del derrumbamiento en cadena de los tres regímenes indochinos «occidentalizados». En el otro extremo terrestre el aparato militar de la OEA es sólo el de los Estados Unidos—si acaso con el Brasil como solitario acompañante—mientras muchos de los miembros del interamericanismo se debaten ante sus problemas y desgarros internos.

Se dice que desde la «crisis de los misiles» cubanos, y merced a los acuerdos Kennedy-Kruschef que exteriormente los concluyeron, ha avanzado mucho el clima de distensión, favoreciendo la política de coexistencia. Y se citan como ejemplos los acuerdos de Nixon-Breznev de 1972 y una serie de instrumentos diplomáticos muy variados entre los que sobresalen los Acuerdos, solemnes y solemnizados de Helsinki de 1975, mientras prosiguen las negociaciones directas entre los colosos para completar su entendimiento mediante desarmes específicos y complementarios, que concluirán por reducir la tensión mundial. Esto es lo que se dice por los interesados en que Occidente siga gastando sus energías en pugnas interiores olvidando los avances del Este y caminando hacia lo que algunos llaman «deseable capitulación porque evitará la guerra», como en no lejano tiempo el Deán rojo de Canterbury propagaba el better red than dead. Pero nosotros, que deseáramos de veras encontrar pruebas de que el mundo se tranquiliza y lucha juntamente por sobrevivir, no vemos que los hechos abonen la teoría optimista, sino la contraria. Recordemos algunos.

En Asia el comunismo señorea Indochina, tantea Tai, Malaya y, en menor escala, los cuatro Estados del Indostán, Indonesia y Filipi-

nas (uno de los pocos que se defiende), mientras las avanzadas —enquistadas y a veces disfrazadas— del marxismo militante, transforman el problema árabe-judío a su gusto y de paso avivan las exigencias de los países productores de petróleo dañando a la economía de sus clientes, sólo occidentales.

En Africa, el marxismo, sólo inspirador o influyente en los regimenes «progresivos» empieza a apuntarse conquistas de peso: Mozambique y Angola. Amenaza directamente al Africa blanca del Sur, y mediante la trampa del Sáhara occidental —de la que escapó España, y no gracias a la ONU—, crea un foco de tensión en el Magreb. También aprovecha el de Ogaden. En América, la ofensiva orquestada contra Chile —no por dictatorial sino por antimarxista— progresa. Confusión o caos se hacen presentes en el Plata y en los Andes, y encuentran motivos de salpicar otros conflictos en el canal de Panamá y Bolivia. Por supuesto, hay quien sigue jugando con el juego de mantener una oligarquía en casa, ayudando al incendio en la ajena —México— y quien como Cuba saltó desde el vecino Caribe a la que era lejana Africa. El Tío Sam no presta atención a estos síntomas. La dedica a los esfuerzos democratizadores de España, donde tiene bases y otras cosas.

De Europa no queremos hablar: todos saben por donde van las cosas en el que fue «subcontinente rey» y como las vestales de la democracia de fachada pluralista y de fondo compartido capital-marxista, hostigan a cualquier resistencia a la invasión comunista, creyendo que el sacristanado garantiza la prolongación. Es por la economía, por donde el comunismo moscovita está corroyendo a los regimenes occidentales, sin desdeñar el uso combinado de todos los medios —sean electorales o subversivos— a reserva de aceptar sus resultados, si le favorecen, y de repudiarlos en otro caso.

Por lo demás, no se ha escrito lo anterior alegremente o por fanatismo. Los españoles anhelan buenas relaciones con el mundo que va del Elba al Ussoris; pero no comprenden —y es un ejemplo— que Polonia nos exporte carbón, cuando las huelgas de Asturias no dejan que se produzca, y a la vez colocan —como tantos otros países mediante sus poderes «sindicales»— millones para alentar a los huelguistas. Pero la buena voluntad de los españoles sufrió serios contratiempos, el primero al leer la explicación auténtica de lo que Breznev —clausura del XXV Congreso del PCUS— entiende por distensión y coexistencia, y después al ver que una múltiple penetración extranjera ataca sus propósitos de evolución y cambio pacíficos.

No, no puede decirse que el último lustro fuera de pacífico equilibrio ni de cooperación leal entre las dos versiones sobre el futuro del mundo. Una de las partes, la que sostiene la versión occidental, se mantiene en repliegue, a veces lento y sordo, a veces algo más; la otra preocupa y avanza, ya ruidosamente —de Saigón a Luanda—, ya apagando el eco de sus medios de penetración. Y mientras en la casa propia —o tutelada— no tolera la menor injerencia extraña, en la del interlocutor encuentra grandes facilidades para su tarea, con lo que su timing de avance, se acelera, sin reacción, y a veces sin reacción visible de los que se arrojan la representación del llamado mundo libre, que no es alegre pero sí confiado. El mundo que hasta el final rechaza a España —sin perjuicio de usarla—, fiel a su peor tradición: la de precipitarse en refuerzo del perdedor hostil.

Y no se diga que hay excepciones a lo dicho, como Portugal. Hay que esperar algo más, para hablar con fundamento de este fraterno país, que de haber sido «cambiado» por Angola lo hubiera sido en un trueque desigual, pero desembolsado contra recibos a liquidar.

Lo que el mundo será el año 2000 nadie lo diría. Pero si no está marxistizado bajo la égida de algún grande atómico, no será porque no existan facilidades internacionales para ello.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

